

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editor: Hernán Ibarra Crespo
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 45

ECUADOR: US\$ 15,50

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 15

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$ 5,50

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

PuntoyMagenta

DIAGRAMACION

Martha Vinuesa

IMPRESION

Albazul Offset



ISSN-1012-1498

ECUADOR DEBATE

78

Quito-Ecuador, Diciembre del 2009

PRESENTACION / 3-5

COYUNTURA

Diálogo sobre la coyuntura: Tiempo de redefiniciones y opciones políticas / 7-20

Conflictividad socio-política: Julio-Octubre 2009 / 21-32

TEMA CENTRAL

Sexualidad: de la desregulación a la violencia / 33-50

Marie-Astrid Dupret

El sexo del Otro / 51-60

Daniel Gutiérrez Vera

Cuando lo 'queer' si da: género y sexualidad en Guayaquil / 61-66

María Amelia Viteri

Re-construcciones del "hombre" virtual: repensando

las identidades de género en Gaydar / 67-72

Francisca Luengo

Las expansiones subversivas de lo trans-feminista en Ecuador.

Un recorrido por el Proyecto trans-género/casatrans y las

autorepresentaciones de sus activistas / 73-88

Samuel Fierro

La «heteronormatividad» y la nada / 89-98

Juan Carlos Arteaga

"Camellando" la vida en Quito y sin empleo. Diversidades sexuales

y de género: exclusión social e inserción en Quito / 99-124

Margarita Camacho Zambrano

DEBATE AGRARIO

La FENACLE y la organización de los asalariados rurales
en la Provincia del Guayas / 125-140

Janaina Negreiros

ANÁLISIS

De las críticas contra el sistema al ejercicio del poder: Los movimientos sociales indígenas y las políticas de Reforma Educativa en Bolivia / 141-168

Franco Gamboa Rocabado

Jefes militares de la Revolución Quiteña / 169-184

Mario Ramos

RESEÑAS

La maldición de la abundancia / Alberto Acosta / 185-188

por María Cristina Vallejo

Imágenes en disputa. Representaciones de mujeres indígenas de la sierra ecuatoriana / Andrea Pequeño / 189-192

Por Barbara Grünenfelder-Elliker

Diversidades sexuales y de género: exclusión social e inserción laboral en Quito / Margarita Camacho Zambrano / 193-194

Por María del Pilar Troya F.

La «heteronormatividad» y la nada

Juan Carlos Arteaga*

No hay nada más normal que una incursión momentánea en el mundo de las verdades sexuales, y luego, el resto del tiempo, desmentir la base de estas verdades.

George Bataille

El conocido poema “Alma en los labios” de Medardo Ángel Silva, sirve como objeto de reflexión para situar la heteronormatividad. Se trata de entender como las identidades y prácticas sexuales tienen una movilidad que desafía la manera de categorizarlas.

El presente trabajo es una reflexión antropológica de los procesos de inclusión y exclusión que se viven en «occidente» —no ubicado geográficamente en ningún lugar sino, más bien, asociado a todos los grupos humanos que comparten una forma de vida alrededor del consumo— como parte nuclear de su dinámica cultural. Así, este ensayo no debe ser asumido como un ejercicio alrededor de la calidad estética de un texto sino que, más bien, es el pretexto necesario para observar de cerca lo que sucede con el mundo de las «sexualidades». El trabajo consiste, básicamente, en observar cómo se materializan —en el famoso

poema de Medardo Ángel Silva, *El alma en los labios*, que tan popularmente es conocido dentro del Ecuador— varios de los rasgos característicos de la matriz «heteronormativa»¹ desde la cual se ejercen algunos de sus más temibles mecanismos de control para poseer el dominio de las identidades, los deseos y las prácticas de los seres humanos categorizándolos en un determinado grupo; es decir, para incluirlos o excluirlos.

La Monogamia Heterosexual

Quando de nuestro amor la llama apasionada
dentro tu pecho amante contemples extinguida,
ya que solo por tí la vida me es amada,
el día en que me faltes, me arrancaré la vida.

* Maestría en Antropología Visual. FLACSO – Ecuador.

1 Realizó una diferenciación entre el término *heterosexualidad obligatoria* —utilizado por Gay Rubin, en su emblemático texto *El tráfico de mujeres: Notas sobre la «economía política» del sexo* (1995)— porque la autora fija su categoría dentro de una determinada práctica sexual cuando la matriz «heteronormativa» se refiere, más bien, a una concepción sobre el mundo de las «sexualidades» que a una sola práctica concreta.

En la primera estrofa del poema se establecen dos personajes poéticos sobre los cuales se hablará a lo largo de todo el texto: por un lado, el amante; y, por otro, la amada. Y, sin embargo, no existe una sola palabra que sugiera la posibilidad de que sea un hombre refiriéndose a una mujer; por tanto, pueden ser dos hombres hablando entre sí, dos mujeres o cualquiera de las identidades sexuales que se apartan de la «heteronormatividad». Pero, la lectura tradicional del poema ha asociado a estos dos personajes ambiguos a «lo masculino» y «lo femenino» de forma mecánica, pues dicha matriz así lo requiere. Lo que sí es explícito, dentro de estas primeras líneas versales, es el que la voz poética se dirige a un TÚ —*dentro tu pecho amante*— a una persona —relación monogámica— y no a un conjunto de ellas —relación poligámica—. Ahora bien, en el «occidente» tradicional se ha creado el estereotipo de que las parejas heterosexuales son las únicas que pueden gozar del privilegio de la monogamia, pues poseen una legitimidad basada en un modelo dicotómico: «lo masculino» y «lo femenino»; que resultan ser condiciones de género complementarias entre sí y que aseguran el que la especie continúe existiendo, pues la reproducción es su primer y último objetivo. Los roles de género —con su consustancial *estratificación* (Rubin, 1995: p. 45)— son las estrategias primeras de la matriz

«heteronormativa» para controlar los cuerpos de los ciudadanos pues esta construcción simbólica legitima el hecho de que la sexualidad se reduce al contacto sexual entre un hombre y una mujer. Olga Viñales —reflexionando alrededor de cómo se construye el modelo binario de la sexualidad «heteronormativa» y criticando la obra de Mead— afirma:

Las investigaciones de Margaret Mead cuestionaron la pretendida universalidad de los roles de género y, por tanto, su carácter innato, vinculado a la reproducción y a la sexualidad. Si comportarse masculina o femeninamente varía según las culturas, eso obliga a concluir que ser «hombre» o ser «mujer» es un aprendizaje, un adiestramiento, todo un estilo de vida... (Viñales; 2002: p. 49 y 50).

Olga Viñales nos enseña, entonces, que el modelo binario —basado en seres complementarios— es aprehendido y, por tanto, puede ser modificable, sin llegar a una visión culturalista —y, por tanto, reduccionista— de las relaciones humanas. Así, es trascendental preguntar: ¿las parejas que salen fuera de la «heteronormatividad» no pueden ser monógamas; es decir, no pueden tener una sola pareja sexual durante un período largo de tiempo? No existe ninguna característica intrínseca de la heterosexualidad como monógama². Pero la

2 Sin olvidar que *monogamia* se asocia, inmediatamente, con *salud sexual*; en donde el paradigma *higienista* —tanto en la concepción del cuerpo humano como en la distribución del espacio urbano— tuvo mucha importancia en los inicios del Estado-Nación en América Latina pero que, de alguna forma, continúa estando vigente (Mannarelli; 1999).

construcción social, de las prácticas que se encuentran fuera de la «heteronormatividad», es que son relaciones *promiscuas* de alto riesgo de salubridad. «Ser heterosexual es un asunto de higiene»³. La matriz «heteronormativa» olvida, intencionalmente, que algunos seres humanos que se asumen como heterosexuales poseen *relaciones abiertas* — eufemismo para esconder la palabra *poligamia*—. Este modelo binario ha naturalizado la matriz «heteronormativa» y no existe mejor teórica que Butler, por lo menos desde mi perspectiva personal, para describir sus formas de funcionamiento pero, a la vez, las estrategias para hacerle frente:

El género es el mecanismo a través del cual se producen y se naturalizan las nociones de lo masculino y lo femenino, pero el género bien podría ser el aparato a través del cual dichos términos se deconstruyen y se desnaturalizan [...] estamos ya sugiriendo que el género tiene una forma de desplazarse más allá del binario naturalizado (Butler; 2006: p. 70).

Entonces, el sistema «heteronormativo» plantea, solamente, dos posibilidades sobre las cuales está construida «la sexualidad»: la unión entre macho y hembra —que es la lectura tradicional de Medardo Ángel Silva—; y todo lo que sea diferente. Ahora, en medio de la *fragmentación del mundo actual* (Geertz; 2002), para ser considerado como ciudadano desde la lógica de

vigilancia de los Estados-Naciones modernos (Halperin; 2004), no solamente se requiere de prácticas que se inscriban dentro de ese modelo binario sino que, principalmente, se posea una apariencia —¿performatividad?— que haga pensar —a los otros que nos vigilan— que nos identificamos con las prácticas legítimas que la convivencia social excluyente propone. Es decir, no solamente se debe *ser un buen ciudadano* sino que, por sobre todas las cosas, *se tiene que parecerlo*. Alrededor de estas reflexiones es sumamente importante el trabajo investigativo de Marcia Ochoa con la población *trans*: “Ser un sujeto de derechos se condiciona por el cumplimiento de una estética y comportamiento del buen ciudadano” (Ochoa; 2004: p. 245). El sistema «heteronormativo» se torna perverso porque posee el control sobre la estética de los cuerpos de los ciudadanos vigilándolos —por tanto normándolos— y excluyendo a aquellos que salen del molde. Ahora bien, volviendo al poema *El alma en los labios*, se debe reconocer el hecho de que no existen —por lo menos en esta primera estrofa— ninguna marca textual que indique que las relaciones, entre los personajes poéticos, es heterosexual sino que, más bien, es el hábito de una cultura altamente normada la que —de forma mecánica— realiza esa lectura. Creo que el texto —incluso con la música que lo acompaña— serviría perfectamente como coplas amorosas para que Pedro con-

3 Santiago Zurita, 23 años, quiteño, clase media-profesional, estudiante universitario, entrevista personal concedida al autor, julio de 2008.

quiste a Juan o para que Verónica declare sus sentimientos a María. El texto se cargaría de un significado diferente. En conclusión, este espacio de ambigüedad de la poesía de Medardo Ángel Silva rápidamente es normado por el sistema binario, pues no existe nada más desestabilizador para los Estados-Naciones que aquellas experiencias — sean sexuales o no— que escapan a las categorías impuestas, que escapan a la vigilancia continua, que escapan al molde regulador.

Géneros estáticos y relaciones de «subordinación»

Porque mi pensamiento, lleno de este cariño,
que una hora feliz me hiciera esclavo tuyo,
lejos de tus pupilas es triste como un niño,
que se duerme, soñando en tu acento de arrullo.

En esta segunda estrofa, el poeta ecuatoriano trabaja una única metáfora en donde la voz poética se compara con un niño y con un esclavo esperando que el otro personaje poético sea quien lo alivie de su sufrimiento por causa del amor. Nuevamente se observa que la ambigüedad es la principal característica de estas líneas versales porque no existe una marca textual que evidencie el hecho de que la voz poética sea «masculina» y el personaje al que se refiere sea «femenino». Tranquilamente esta estrofa puede funcionar como una sincera declaración de amor entre personas del mismo género. Pero, ¿qué hace suponer que la relación amorosa descrita estéticamente en el

poema corresponda al binario? Es el automatismo cultural, lo que plantea esa interpretación. Es trascendental, en este punto, detenerse a observar cómo funciona la noción de género y por qué los Estados-Naciones lo utilizan como una herramienta de control sobre las «sexualidades» de los ciudadanos. Indudablemente, se debe volver a Butler porque, a nivel teórico, es una de las mayores autoridades en el tema:

El género ni es una verdad puramente psíquica, concebida como algo «interno» u «oculto», ni puede reducirse a una apariencia de superficie; por el contrario, su carácter fluctuante debe caracterizarse como el juego entre la psique y la apariencia (entendiendo que en este último dominio se incluye lo que aparece en las palabras) (Butler; 2002: p. 328).

La definición de género, entonces, es la *interfaz* entre la representación conceptual de una persona y su genitalidad física. Sobre ese espacio en tensión, es donde la matriz «heteronormativa» impondrá sus mecanismos de control: los géneros deben ser estáticos. “Cada uno es lo que es: el hombre es hombre y la mujer debe ser mujer”⁴. Este sistema dictamina que los géneros son categorías estáticas; es decir, no se los concibe como espacios móviles que pueden ser habitados indistintamente de acuerdo a una historicidad, a un contexto y a las decisiones personales de los sujetos; si no que, más bien, son etiquetas que moldean el cuerpo, las

4 Paulina Salvador, 52 años, clase media-profesional, odontóloga, riobambeña, entrevista personal concedida al autor, julio de 2008.

prácticas, los deseos y las representaciones. Esta categorización —que jamás reconocerá el movimiento de las identidades, los deseos y las prácticas alrededor de las «sexualidades»— es tan necesaria para el sistema porque no se puede controlar aquello que se mueve. Los Estados-Naciones sacrifican la posibilidad de las personas de habitar otros espacios diferentes a los asignados desde las convenciones sociales, por el sistema de vigilancia que les es vital para continuar existiendo con su forma actual. Tamsin Spargo, relacionando las reflexiones de Foucault con el contexto de las «sexualidades», dice: “El cuerpo no es naturalmente «sexuado», pero llega a serlo a través de procesos culturales que se valen de la producción de sexualidad para extender y fortalecer relaciones de poder específicas” (Spargo; 2004: p. 69). Es decir, siempre que se reflexione en el tema de «sexualidades» se debe articular esos discursos con los de poder. Que no sea sorprendente el hecho de que en esta estrofa el poeta utilice palabras como *esclavo* y *niño* que recuerden relaciones de poder jerárquicas que se pueden plantear como relaciones de «subordinación»⁵. Pero la pregunta fundamental es: ¿pertenecen las relaciones de subordinación a la heterosexualidad o lo que se encuentra fuera de ella? Creo que la respuesta correcta es a ambas. Las relaciones de

«subordinación» son inherentes a los seres humanos pero, no por eso, imposibles de volverse más equitativas. Ahora bien, los aportes teóricos de María Amelia Viteri y Roger Lancaster plantean que la construcción de categorías —de cualquier tipo— no es estática sino que, más bien, son espacios móviles que se encuentran en constante movimiento —aunque a los Estados-Naciones no les agrade—, en constante flujo. Viteri —reflexionando sobre las fronteras— afirma:

Información inicial revela que categorías identitarias estadounidenses como queer y latino no son estables sino que están en constante reinención de acuerdo a distintas maneras de construir, vivir y entender la sexualidad y la etnicidad (Viteri; 2008: p. XX).

Tal y como lo plantea la antropóloga, entonces, el género —así como las prácticas, las identidades y los deseos alrededor de las «sexualidades»— deben ser asumidas como espacios móviles que, por supuesto, escapan a la categorización que intenta definirlos y, sobre todo, que intenta controlarlos. Además, la autora plantea que solo el reconocimiento de este movimiento otorga la posibilidad de reinventarse, reconstruirse, resignificarse. En esta misma línea de pensamiento se debe recordar a Lancaster quien habla de

5 Recordando que —si se sigue la línea de reflexión de Jeffrey Weeks, en su texto *Sexualidad*— existe toda una *economía* de las posiciones sexuales siendo más valorado el papel de *activo* que el de *pasivo*. Incluso, el teórico afirma que, en la sociedad esclavista de la Roma precristiana, la obligación del *esclavo* es ser un agente *pasivo* para su *amo* (Weeks; 1998: p. 42). Esa *economía* de las posiciones sexuales, incluso, se ha trasladado a espacios de «diversidades sexuales», tal como lo muestra Richard Parker en el caso de la construcción de la masculinidad en la población homosexual del Brasil del siglo XX (Parker; 2002).

«sexualidades» móviles y que escapan a las definiciones que la academia tiene sobre ellas (Lancaster; 1998). Desde esa perspectiva, el activismo LGBT posee al movimiento, al flujo, como su principal estrategia de resistencia para enfrentarse al poder hegemónico de la «heteronormatividad». Pero Medardo Ángel Silva, por supuesto, no ha tenido la oportunidad de leer ni María Amelia Viteri ni a Roger Lancaster.

Sentido de propiedad

Vivo de tu palabra y eternamente espero,
 llamarte mía como quien espera un tesoro.
 Lejos de ti comprendo lo mucho que te quiero
 y, besando tus cartas, ingenuamente lloro.

Entonces sí, el lector atento tiene la primera marca textual de que la relación entre los personajes poéticos puede ser asumida como heterosexual. La palabra *mía* sugiere que es una mujer a la que se está dirigiendo la voz poética pero, no se debe olvidar, que el poeta ecuatoriano pudo —con esta referencia— cubrir la ambigüedad de su texto, protegiéndose de la discriminación de la época en la que le tocó vivir. Ahora, independientemente de las prácticas, los deseos y la identidad sexual de Medardo Ángel Silva —pues ninguna biografía sugiere el hecho de que haya estado fuera de la heterosexualidad, pero tampoco de que haya estado dentro—, esta estrofa ilustra muy bien la lógica de control de la matriz «heteronormativa». El hecho de que el poeta utilice la metáfora de la mujer como un objeto visibiliza las instituciones que la matriz «heteronormativa» ha creado para su legitimidad; siendo el matrimo-

nio una de sus más importantes. Judith Salgado, en su texto *La reapropiación del cuerpo*, cita a Carol Pateman dejando clara la necesidad de los Estados-Naciones del *contrato sexual*:

Carole Pateman manifiesta que mucho se ha hablado del contrato social, pero se ha mantenido un silencio profundo acerca del contrato sexual. Según esta autora, el contrato originario es un contrato sexual-social. No obstante, la historia del contrato sexual ha sido reprimida (Salgado; 2008: p. 12).

El contrato sexual posee su rostro más visible en el matrimonio heterosexual; es decir, esta institución se convierte en el estamento legalizador de la unión entre dos personas —complementarias desde la lógica hegemónica del sistema binario—. Esta institución legitima la matriz «heteronormativa» porque hace que uno posea el monopolio sobre el control del cuerpo del otro. Cuando aparece el matrimonio —afirma Wilhelm Reich (2000)— aparece consigo la propiedad privada: el derecho a mandar sobre el cuerpo de otro que, a su vez, cree tener dominio sobre mi cuerpo. Desde esa perspectiva, no sería raro el hecho de que los ciudadanos quisieran acceder al matrimonio para tener la posibilidad de poseer la propiedad privada de un cuerpo —y de todo un ser, por supuesto— ajeno al suyo. El poema afirma explícitamente que el mayor tesoro es tener a la otra como parte de su propiedad privada anulando su autonomía: la libertad de decidir sobre su propia identidad, sobre sus propias prácticas, sobre sus propios deseos. Lo macabro es que esta apro-

piación de un «otro» es uno de los máximos objetivos de «occidente». La *Teoría Queer*—con sus postulados de la movilidad alrededor de las «sexualidades», reconociendo otras prácticas fuera de la «heteronormatividad»— destruirían este ideal: quizás por eso el sistema hegemónico teme tanto a lo «raro». Patricio Brabomalo—uno de los mayores activistas LGBT en el Ecuador— es categórico al describir los más grandes temores de la matriz «heteronormati-va»:

El matrimonio, la familia, la calle, la cama, la clínica, el manicomio, todo a través de un discurso, donde la homosexualidad o cualquier comportamiento fuera de la heterosexualidad —y la reproducción— fomentará el descontrol y el caos y se convertirá por lo tanto en una amenaza hacia el sistema (Bravomalo; 2002: p. 22).

Con lo cual debo concluir que —se esté dentro de la «heteronormatividad» o fuera de ella— el matrimonio es una institución que legitima el sistema de control hegemónico planteado desde la dinámica de vigilancia de los Estados-Naciones con el único propósito de continuar perpetuándose.

Desexualización del amor

Perdona que no tenga palabras con que pueda decirte la inefable pasión que me devora; para expresar mi amor solamente me queda rasgarme el pecho, Amada, y en tu mano de seda, ¡dejar mi palpitante corazón que te adora!

En esta última estrofa del poema, Medardo Ángel Silva plantea la relación amorosa de una forma «esencialista» que parece olvidar lo importante de la

corporalidad de los ciudadanos en cualquier interacción humana. La voz poética habla sobre el sacrificio que realizará para su amada y en como la pasión se convierte en ese fuego que lo consume hasta casi extinguirlo. Este discurso poético, en donde se vela la sexualidad de los dos personajes —pues jamás se explícita el que tengan contacto corporal y sentimental —sin que necesariamente esas categorías sean sinónimas o intercambiables—, es afín a la forma de operar de la «heteronormatividad»: desde esa matriz se plantea que se debe llegar al amor ideal, al amor desexualizado, en donde el amado se consume por el amante. Este encubrir las «sexualidades», haciendo como si no existieran, es propio de «occidente», en donde el *tabú* es bastante marcado. El mismo Foucault afirma: 2

Resaltaré únicamente que en nuestros días, las regiones en las que la malla está más apretada, allí donde se multiplican las casillas negras, son las regiones de la sexualidad y la política: como si el discurso, lejos de ser ese elemento transparente o neutro en el que la sexualidad se desarma y la política se pacifica, fuese más bien uno de esos lugares en que se ejercen, de manera privilegiada, algunos de sus más terribles poderes (Foucault; 1999: p. 15).

Tal y como lo afirma el teórico francés, entonces, es a través del discurso como se logra limpiar de «sexualidad» a la misma «sexualidad», intentando fingir que ésta no existe, que se encuentra ausente de una relación amorosa *sana* y, sin embargo, es el elemento constitutivo de ella. El poeta ecuatoriano es bastante coherente con esta forma de hablar

sobre la sexualidad, simplemente, haciendo vagas alusiones al *fuego que lo consume*, a la pasión o a la llama que se encuentra en la mitad de su pecho. El *tabú*, el hablar sobre un tópico sin nombrarlo —y con temor— es uno de los mecanismos para frenar el poder que tal palabra posee (Foucault; 1999). Por tanto, «occidente» utiliza esta estrategia porque desde el discurso abierto —el debate explícito— es imposible probar que la heterosexualidad es natural e inherente a los seres humanos; así, se prefiere no hablar del asunto y dar por descontado que la «heteronormatividad» es el referente que todos los seres humanos deben asumir; olvidando que —en lo relacionado a las «sexualidades»— nada debe darse por descontado. No hablar sobre «sexualidades» es una forma de controlarlas. La *desexualización* del amor es una de las características fundamentales de la educación en «occidente», en donde los niños y niñas se forman sin tomar conciencia de que las «sexualidades» son parte de su vida cotidiana y están presentes en cada gesto, en cada interacción que posean con los demás. Ahora, se debe decir que cuando «occidente» decide hablar sobre el *tabú* de la sexualidad lo une, necesariamente, con la moral atribuyendo valores éticos a las identidades, los deseos y las prácticas: «lo bueno» es ser heterosexual u homosexual y «lo malo» es ser «ambiguo», no definir una categoría sexual. ¿Por qué «occidente» no podrá decir que lo móvil es «diferente» y no «malo»? Lo triste es que parte de la población LGBT también aboga por esa misma definición de categorías. Pobres de aquellos que no se alinean

porque, de seguro, son los condenados.

La Nada: la necesidad de no tener categorías

Históricamente —desde mi perspectiva personal— la «heteronormatividad» ha funcionado a través de la creación de un ideal, un modelo binario —«masculino» y «femenino»— al que se tienen que parecer todos los seres humanos de las sociedades modernas. En contraposición al funcionamiento hegemónico de ese sistema, aparece el activismo LGBT —que estructura su propuesta política alrededor de las prácticas sexuales de los seres humanos— pero que termina sumido en el mismo juego de exclusión: crear un ideal —en este caso el ideal de lo «gay», de lo «lesbiano», de lo «trans»— para, a partir de allí, controlar las prácticas, los deseos y las identidades de todos quienes viven en sociedad. Pero en los últimos años —a raíz del apareamiento de la *Teoría Queer*—, el activismo LGBT se replantea sus estrategias de lucha, por lo menos se las cuestiona. Con estos antecedentes, creo que la única opción de evolución que posee el movimiento LGBT es el de entender que debe salir de aquel sistema de referentes. Fischer, haciendo una reflexión filosófica sobre Deleuze, dice: “El devenir deleuziano no es una instancia, una identificación, ni semejanza, ni imitación porque el devenir no tiene otro sujeto que no sea el mismo. El devenir no acaba, es un *continuum*, no se sabe donde empieza uno y acaba el otro” (Fischer; 2003: p. 14). Creo firmemente que el activismo LGBT debe destruir los modelos únicos,

los moldes absolutos para, así, transformar la lógica misma del sistema volviéndolo menos excluyente. Es decir, es necesario que nos situemos más allá de cualquier modelo binario —en lo que he denominado la *nada*— para continuar creando formas de resistencia al poder hegemónico de la «heteronormatividad», que lo que pretende es categorizar a los seres humanos para vigilarlos. Lo únicamente contestatario es el estar más allá de «lo masculino» y «lo femenino», viviendo las «sexualidades» desde una perspectiva transgresora: la movilidad.

Bibliografía

- Brabomalo, Patricio
 2002 *Homosexualidades: plumas, maricones y tortilleras en el Ecuador del siglo XXI*. Editorial "Causana", Quito.
- Butler, Judith
 2002 *Cuerpos que importan: Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*. Editorial "Paidós", Barcelona.
- Butler, Judith
 2006 *Deshacer el género*. Editorial "Paidós", Barcelona.
- Fischer, Amalia
 2003 *Devenires, cuerpos sin órganos, lógica difusa e intersexuales*. "Femimaría" Editorial, Buenos Aires.
- Foucault, Michel
 1999 *El orden del discurso*. "Tusquets Editores", Barcelona.
- Geertz, Clifford
 2002 *Reflexiones antropológicas de temas filológicos*. Ediciones "Paidós", Barcelona.
- Halperin, David
 2004 *San Foucault*, Ediciones "Literales", Buenos Aires.
- Lancaster, Roger
 1998 "La actuación de Guto. Notas sobre el travestismo en la vida cotidiana". En: *Sexo y sexualidades en América Latina*. Editorial "Paidós", Barcelona.
- Mannarelli, María Emma
 1999 "El programa cultural del cambio de siglo: maternidad y naturaleza femenina". En: *Limpias y Modernas. Género, higiene y cultura en la Lima del novecientos*. Editorial "Flora Tristán", Lima.
- Ochoa, Marcia
 2004 "Ciudadánias perversas: divas, marginación y participación en la «localización»". En: *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*, Editorial "Universidad Central de Venezuela", Caracas.
- Reich, Wilhelm
 2000 *La irrupción de la moral sexual*. Editorial "Cuatro Vientos", Santiago.
- Rubin, Gayle
 1997 "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo". En: *Género. Conceptos básicos*. Editorial "Pontificia Universidad Católica del Perú", Lima.
- Salgado, Judith
 2008 *La reapropiación del cuerpo: derechos sexuales en el Ecuador*. Editorial "Abya-Yala", Quito.
- Spargo, Tamsin
 2004 *Foucault y la teoría queer*. "Gedisa Editorial", Barcelona.
- Viñales, Olga
 2002 *Lesbofobia*, Ediciones "Bellaterra", Barcelona.
- Viteri, María Amelia.
 "Queer no me da: Traduciendo fronteras sexuales y raciales en San Salvador y Washington D.C.". En *Estudios sobre sexualidad en América Latina*, Araujo, Kathya, Prieto, Mercedes (eds.), FLACSO, Sede Ecuador-Ministerio de Cultura.
- Weeks, Jeffrey
 1998 "Sexualidades y política. Placeres privados y política pública" En *Sexualidad*, Editorial "Paidós", UNAM, PUEG, México D. F., 1998.

